

á alguna distancia, inclinada la cabeza en la lanza y todo demudado. Se acercó á él el misionero, le acarició mucho, sin poder sacarle una palabra, le suplicó que tomase alguna cosa de lo que habia llevado para comer, pero fueron inútiles todas sus instancias. Un salvaje dijo al Padre dos ó tres palabras que podian significar igualmente *está irritado ó está enfermo*. El sagaz misionero las tomó en este último sentido, y se puso en ademan de tomar el pulso al cacique; pero retirando este la mano con brutalidad: «No estoy enfermo (dijo con voz espantosa).» — «¿Con que no estás enfermo (replicó el misionero dando una carcajada), y no quieres comer? Peor para tí. Eso mas les tocará á tus compañeros. Sin embargo, cuando quieras comer no tienes mas que decírmelo.» Este aparente orgullo produjo en el bárbaro mas impresion que la que hubiesen podido causar cuantas deferencias hubiera usado con él, pues desde entonces empezó á hablar, poco despues se rió, comió alegremente, mandó á su gente que fuese á buscar de beber, y quiso obsequiar él tambien al misionero. Asi se introducian aquellos hombres apostólicos en los últimos atrincheramientos de los demonios encarnizados en la ruina del género humano. En los mayores peligros se sentian animados de un valor que les comunicaba el cielo, y los hacia superiores á todo temor; de tal modo, que el que temblaba cuando estaba lejos del peligro, no conocia el miedo cuando en él se hallaba.

Por otra parte su caridad ingeniosa, sus innumerables atenciones y miramientos, su bondad y familiaridad, sus modales corteses y su dulzura angelical, enternecian los corazones mas duros y se conciliaban insensiblemente su confianza. Los misioneros les hacian algunos regalillos de cuchillería, de anzuelos, agujas, vidrios de varios colores y otras vagatelas, que para ellos eran de un mérito superior; les daban remedios para varias enfermedades, les curaban las heridas, les servian en las cosas

mas repugnantes, se sentaban con ellos en el suelo, allí dormian, comian lo mismo que ellos, y tampoco se desdenaban de imitar sus costumbres molestas y sus gesticulaciones ridículas.

Cuando una poblacion se determinaba por último á fijarse bajo las leyes sociales y cristianas, se trataba de atender, á lo menos hasta la primera cosecha, á la subsistencia de cada familia y de cada individuo, cuyo apetito, escitado por una glotonería habitual, era poco menos que insaciable. Pero la mayor dificultad consistia en enseñar los oficios de primera necesidad á unas gentes sin aptitud y sin ninguna costumbre de trabajar. Los misioneros se vieron obligados á ejercer por sí mismos todo género de aprendizaje, y á ocuparse en diez oficios á un mismo tiempo. Unas veces aceleraban los trabajos públicos de carpintería y albañilería, mucho mas con el ejemplo que con las palabras; y otras, rompian tierras que jamás habian sido labradas, y para cultivar unos campos tan ingratos no tenian al principio mas que rejas de madera. Sembraban maiz, cebada, habas y todo género de legumbres, cuyas simientes habian tenido que llevar. Otros cortaban árboles y los llevaban arrastrando á la Reduccion (asi se llamaban las habitaciones cristianas) para construir la iglesia y las casas. Algunos iban á las ciudades españolas á buscar vacas, ovejas, cabras, gallinas y otras aves domésticas, y las llevaban por espacio de centenares de leguas de países inhabitados (1). Asi el P. Cipriano Barace, fundador de la hermosa mision de los moxos, que fecundó con su sangre, guió, con el auxilio de algunos salvajes cristianos, una vacada de doscientas reses, caminando para esto cincuenta y cuatro dias, muchas veces veces con el lodo hasta las rodillas, algunas con el agua hasta los sobacos, y continuamente espuestos á encontrarse

(1) *Relac. de las Misiones del Par. por Muratori, c. 10.*

con tigres y antropófagos. El P. Espinosa halló la corona del martirio en el ejercicio de una caridad tan extraordinaria. Llevando desde Santa Fé un ato de ovejas, fué acometido y muerto por unos salteadores de la nacion feróz de los guayaquiros. ¿Y quién será capaz de referir el número de los que, distinguidos como él por la nobleza de su nacimiento ó por la superioridad de su mérito, se hicieron zagales y pastores, albañiles, carpinteros, tejedores, y se aplicaron á los trabajos mas viles y penosos con el único objeto de proporcionar á los indios convertidos una subsistencia tan segura como fácil?

Mientras ellos trabajaban, estenuados con el sudor y el cansancio, el salvaje perezoso se estaba con los brazos cruzados, á lo menos en los principios, ocupado horas enteras en contemplarlos con indiferencia, y ni aun le ocurría el pensamiento de ofrecerse á tomar parte en un trabajo que era para provecho suyo y que le podia sufrir infinitamente mejor que ningún europeo. Sin embargo, se levantaron casas, no muy buenas á la verdad, pues no eran mas que unas esteras sujetas con estacas y cubiertas con ramas entretejidas de juncos ó cañas, pero con simetría y con un aseó que podia pasar por magnificencia comparándola con las tristes chozas de los salvajes. Poco á poco, y no sin gran trabajo, se los fué inclinando á que arrimasen el hombro al cultivo de las tierras. Hecha la sementera, se fueron, como antes, á cazar, á pescar y á buscar miel y frutas silvestres. A la vuelta hallaban una cosecha que suministraba una subsistencia cómoda para la estacion en que no produce la tierra, y les inspiraba nueva afición al trabajo. Movidos con estos primeros ejemplos los salvajes de los países vecinos, adoptaron estas nuevas costumbres, y en poco tiempo se vió un gran número de poblaciones fijas, que con nombre de Doctrinas ó Reducciones se sujetaron á un mismo tiempo á vivir bajo las leyes sociales y las cristianas. En aquellas habitaciones se fue-

ron formando insensiblemente albañiles, carpinteros, cerrajeros, tejedores, arquitectos, escultores, pintores, grabadores y hábiles doradores. Las mugeres aprendieron á hilar, coser y bordar con tanto gusto y primor como se hace en Europa. El cristianismo prosperaba en la misma proporción que las artes.

El establecimiento de las Reducciones, propiamente tales, empezó en la provincia del Uruguay, que forma parte del Paraguai, bajo cuyo nombre se comprende aqui casi todo lo interior de la América meridional. Esta provincia, situada á la parte del Oriente, hácia el Brasil, está rodeada de una cordillera que encierra una llanura inmensa y fertilísima, regada de un extremo á otro, esto es, cerca de doscientas y treinta leguas por el rio de Uruguay, de donde toma el nombre. Poco despues se establecieron algunas Reducciones en la provincia de Guaira que está mas al Norte y tiene unas llanuras igualmente fértiles y casi tan dilatadas. En unos lugares tan á propósito para el cultivo y en que se respira un aire muy saludable, hubo muy en breve hasta treinta reducciones, cada una de cuatro, cinco ó seis mil habitantes. Pero la provincia de Guaira no está distante del fuerte de San Pablo, guardada de los llamados mamelucos, que no tardaron en destruir aquellas recientes cristiandades.

Hácia el cabo de San Vicente, á la estremidad septentrional del Brasil, edificaron antiguamente los portugueses, sobre una roca casi inaccesible, la ciudad ó fuerte de San Pablo (1). Está rodeado de montes intransitables y de bosques enmarañados que cierran todas sus entradas. Las campiñas inmediatas son fértiles y suministran para vivir cómoda y deliciosamente. Como los primeros colonos, que la mayor parte eran gente moza y aventurera, no tenian mugeres, las tomaron de entre los bárbaros, y de esta mezcla nacieron unos hijos que tenian todos los vicios de sus

(1) *Rel. de las M. del Par. por Murat. c. 5.*

madres, sin conservar ninguna buena cualidad de las que tal vez adornasen á sus padres. Incurrieron en un descrédito tan absoluto, que todas las colonias inmediatas hubieran creído deshonorarse si hubiesen tenido la menor comunicacion con ellos. Se los juzgó indignos del nombre de portugueses, y se les dió el de mamelucos, que no ha variado, á lo menos en aquella region. En efecto, solo en el nombre eran portugueses y cristianos, pues no obedecian al rey de Portugal sino en cuanto esta obediencia les proporcionaba alguna utilidad, y si tomaban todavia el nombre de cristianos, era para desacreditarle con la enorme oposicion que habia entre su vida y las leyes del cristianismo.

La ciudad de San Pablo no tenia al principio mas de cuatrocientos habitantes, con inclusion de los negros y americanos; y despues hubo en ella muchos millares, sacados, por decirlo así, de la escoria de todas las naciones. puesto que era el receptáculo de los bandidos que se libraban del cadalso, así en Europa como en América, y pretendian ejercer impunemente el latrocinio. Se gloriaban los mamelucos de no obedecer á ninguna potencia, y en efecto formaron una especie de república independiente. La situacion ventajosa de su ciudad y las fortificaciones que hicieron en ella, quitaron á los portugueses, si no el deseo, á lo menos la esperanza de reducirlos. Desde que se sustrajeron de la autoridad de los vireyes del Brasil, se dieron á un género de latrocinio desusado aun entre los salvages más inhumanos. Se esparcian todos los años por las poblaciones circunvecinas, y tambien por las mas remotas, y llevaban esclavos una infinidad de indios, con los cuales no tenian ninguna desavenencia, para destinarlos al trabajo de las plantaciones y al beneficio de las minas de oro que hay en sus montes. Desolaron todas las provincias del Paraguai y la de Guaira, y penetraron muchas veces hasta las orillas del Marañon y las del rio de la Plata, corriendo

mas de mil leguas en cinco ó seis meses. Ellos fueron principalmente los que despoblaron aquella vasta region, y de tantos hombres como llevaban esclavos, solian morir ciento por uno, ya del cansancio y de la miseria que padecian en el camino, ya del aire inficionado de las minas, ya del trabajo excesivo de las plantaciones. Segun un registro auténtico, de trescientos mil indios esclavizados por los mamelucos en cinco años, no quedaron mas que veinte mil.

Con respecto á la Religion, no habia estratagema que no inspirase el infierno á aquellos malvados para arruinar la obra de Dios. Muchas veces se vestian de misioneros y de catequistas para sorprender á los indios, con cuyo motivo perdieron los verdaderos misioneros la confianza de una infinidad de poblaciones, y el establecimiento del Evangelio halló por mucho tiempo un obstáculo insuperable. En la provincia de Guaira, que era la mas inmediata y la mas espuesta á sus artificios, acometian á cara descubierta con fuerzas superiores, y repitieron con tanta frecuencia los ataques, que arruinaron enteramente trece Reducciones, en las cuales quitaron la vida ó la libertad á ochenta y cinco mil neófitos.

Para salvar las cortas reliquias de aquellas habitaciones, cuya desgraciada suerte impedia la conversion de sus vecinos que temian experimentar iguales calamidades, sus prudentes pastores tomaron el partido de trasplantarlos con increíble trabajo á ciento y treinta leguas de distancia, en las orillas mucho menos accesibles del Parana. Llegaron en número de unos doce mil, y con ellos se formaron las Reducciones de Loreto y de San Ignacio. Despues se establecieron otras muchas habitaciones entre los rios de Parana y de Uruguai, y se dispusieron todas al modo que pudiesen atender mutuamente á su seguridad y contribuir á su defensa. Aun mas; poco á poco se fueron haciendo tan aguerridos aquellos valerosos neófitos, que volvieron á apoderarse del

pais que habian abandonado, donde edificaron nuevas Reducciones y se pusieron en estado de no temer á los mamelucos, á quienes obligaron mas de una vez á arrepentirse de sus nuevos insultos.

A fines del siglo XVII se contaban en la sola provincia de Guaira, entre el Parana y el Uruguai, treinta y dos Reducciones y mas de ciento y veinte mil indios convertidos. Se habian establecido otras muchas Reducciones inmediatas unas á otras entre el Uruguai y el Brasil, y otras hácia el septentrion, en las orillas del Mámora, que desemboca en el rio de las Amazonas.

A la otra parte de la América meridional, sin llegar á las provincias marítimas, hay tambien una vasta region, rodeada al poniente por las montañas de Chile y del Perú, y al oriente por el rio del Paraguay. Su longitud, de Norte á Mediodia, es de mas de cuatrocientas leguas, y su latitud como de unas ciento y cincuenta. La riegan los grandes rios de Pilcolmayo, Vermejo y Salado, además de otros muchos bastante caudalosos. Estos lugares están habitados por diferentes pueblos, entre los cuales los chiriguanos, que están al norte, son los mas formidables, ó á lo menos los mas intratables. Tirando mas hácia el norte se encuentra el gran lago de Carayas, donde nace y toma su imponente grandeza el rio de Paraguay. Este pais está principalmente habitado por los manacías y los chiquitos, ó á lo menos son éstos los habitantes mas conocidos.

Muchas veces se habia intentado, aunque en vano, introducir el cristianismo entre aquellos bárbaros feroces, cuando el P. Arce, acompañado del P. Zea, se aprovechó de las favorables circunstancias, que solo podian ser obra de la divina Providencia (1). Dos naciones vecinas estaban en guerra, y se destruian recíprocamente. Aquel misionero, por medio de cierta elocuencia natural y del talento que tenia para la conciliacion, logró restablecer entre

ellas la paz y la concordia. Casi al mismo tiempo consiguió el perdon de uno de sus compatriotas, condenado á muerte por el gobernador de una ciudad española. Cuando estos pueblos estaban atónitos al considerar una caridad tan nueva para ellos, les propuso que abrazasen la Religion que inspiraba semejantes virtudes. Al momento decretaron los caciques una junta general para deliberar sobre la propuesta de su bienhechor. A la noche siguiente acudieron todos al lugar señalado, y se trató del asunto desde media noche hasta la madrugada, en cuyo tiempo estuvo el varon apostólico suplicando al Padre de las Luces que iluminase á aquellos pobres ciegos. Se resolvió unánimemente que la ley cristiana se admitiria en el pais, pero con la condicion de que no se obligase á salir á los que no quisiesen abrazarla. Aunque la condicion no dejaba de tener sus inconvenientes, fué aceptada por el misionero, que lleno de confianza en Dios, se prometió, y no en vano, que los mas endurecidos, lejos de seducir á los otros, se dejarían vencer poco á poco con el buen ejemplo.

En las Memorias publicadas por un canónigo español (1), que habia sido mucho tiempo testigo y admirador de los trabajos apostólicos del P. Diaz, se refiere que, este pastor infatigable, no contento con los trabajos de su Reduccion, recorría en aquellas inmediaciones algunas rancherías ó enfermerías de infieles, acometidos de una enfermedad contagiosa, á fin de ganar, á lo menos en aquel extremo, algunas almas al Señor. Por otra parte acudieron tambien varios antropófagos desapiadados para devorar sin riesgo y sin resistencia á los que no estaban inficionados con el contagio. Aspiraban sobre todo á regalarse con la carne del europeo que habia ido á socorrerlos, esto es, con la del misionero, porque la carne de los hombres que usan de la sal en la comida es mas delicada para ellos que la de los indios que no la usan. Entretanto, habiendo un cautivo, que

(1) *Rel. de las M. del Par. por Murat., c. 12.*(1) *Murator., c. 19.*

se había escapado de sus manos, llevado á la Reduccion del Padre la noticia del inminente peligro á que estaba espuesto, tomaron al momento las armas todos los neófitos y fueron volando á la ranchería para ponerle en libertad. Llegaron á tiempo, á pesar de que la distancia era bastante considerable; acometieron de repente á los infieles, los derrotaron, hicieron gran número de prisioneros y disiparon á los demas. Querian tomar una venganza memorable, y para aterrar á todos los mónstruos de aquella especie, resolvieron ahorcar á los cautivos en los árboles que estaban al paso. Ya procedian á la egecucion, cuando el Padre, consternado y enternecido, intercedió por aquellos infelices con tantas instancias, que al fin consiguió que los perdonasen y que los pusiesen en sus manos. Los acarició en extremo, los detuvo bastante tiempo, tratándolos siempre con igual bondad para instruirlos en nuestros santos misterios, y despues les dió entera libertad. Les hizo tal impresion una generosidad verdaderamente prodigiosa para ellos, que cuando llegaron á su poblacion no hallaban palabras bastante expresivas para ensalzar la fé y la caridad cristiana. Poco despues volvieron con toda su nacion, se echaron todos á los pies del caritativo misionero, y le suplicaron con instancia que les bautizase, prometiendo vivir bajo su direccion como verdaderos y perfectos cristianos. En efecto, recibieron el bautismo despues de las pruebas que exigia la prudencia, y mostraron despues constantemente igual adhesion á la fé que fidelidad en el cumplimiento de las obligaciones de un cristiano.

El P. Baraze fué el primero que emprendió por el año 1675 la conversion de la nacion numerosa de los moxos que habitan en las cercanias del rio Guapia, con otros muchos pueblos, cuyos nombres son por la mayor parte desconocidos (1). Hasta entonces se habia juzgado que era absolutamente imposible

(1) Murator. p. 346.

sujetar á las leyes severas del Evangelio unas naciones tan feroces y disolutas; y antes de acabarse este mismo siglo, se contaron en aquel pais ocho ó nueve poblaciones cristianas con mas de treinta mil neófitos fervorosos. Pero; qué paciencia, qué constancia, qué valor se necesitó para conseguirlo! Para esta interesante mision fué el P. Baraze hasta Lima á buscar con tanto trabajo aquel rebaño de bendicion que, multiplicándose prodigiosamente, derramó la abundancia é hizo que prosperase el cristianismo. Este fundador, no menos hábil que celoso, descubrió tambien, despues de unas investigaciones capaces de arredrar al más osado, un camino tres ó cuatro veces mas breve que el antiguo para ir al Perú, de donde era necesario sacar las provisiones ordinarias. En fin, logró establecer el solo tres Reduccion de las mas considerables. Luego que abrió un campo tan hermoso á los ministros evangélicos, acudieron muchos para cultivar y estender aquella admirable cristiandad. La mision de los moxos era no há mucho tiempo una de las mas florecientes, asi de la América como del otro hemisferio. Se veian alli iglesias edificadas con gusto y con una magnificencia que, aunque propia de aquel pais, causaria admiracion en muchos otros.

Sediento el P. Baraze de la salvacion de las almas, encargó esta mision á sus cooperadores luego que vió que no era necesaria alli su presencia, y pasó á otras tierras de bárbaros para producir en ellas la misma metamorfosis. Llegó hasta el pais de los bauras, pueblos indómitos y pérfidos, los cuales al principio parece que se mostraban dóciles á sus instrucciones; pero no tardó en descubrirse esta fingida docilidad, pues le asesinaron estos traidores á 16 de setiembre de 1702. De este modo coronó con el martirio veinte y siete años de apostolado. Fácilmente se creará que murieron otros muchos héroes evangélicos en la conquista de una tierra tan inculta y habitada por tantas naciones inhumanas. Además

de los que perdieron la vida en el descubrimiento de aquellas tierras bárbaras, casi todos los fundadores de las antiguas Reduccion las cimentaron con su sangre. De este número fueron, entre otros, los PP. Gonzalez, Rodriguez, Castillo y un hermano coadjutor muy útil á aquellos establecimientos, llamado Romero. Los bárbaros del Paraguay propiamente tal, mataron despues en varios tiempos á los PP. Ortiz, Blenda, Alfaro, Arce, Silva, Mendoza, Cavallieri, Fernandez, Arias, Sanchez y otros muchos, cuyo número puede regularse por el grado de fertilidad que dió su sangre á unas tierras tan abundantes desde entonces en frutos de bendicion, como sepultadas antes en las sombras de la muerte.

Sin duda causará gran sorpresa una mudanza tan prodigiosa. Tan distante parece, á primera vista, del curso ordinario de las cosas y de las costumbres! Pero es necesario advertir que como todos los hombres proceden de un mismo origen, son naturalmente, con corta diferencia, los mismos en todas partes. Las lecciones y los ejemplos son los únicos que causan entre ellos la estraña diferencia que tanto nos admira. Los bárbaros del Paraguai, que apenas tenian mas que la figura de hombres y solo trataban de satisfacer sus apetitos brutales, llegaron á ser modelos de todas las virtudes sociales y cristianas; y ha mostrado la esperiencia que eran naturalmente afables, fieles, sinceros, agradecidos y buenos amigos. Asi se advirtió muy pronto en los que profesaban el cristianismo aquella evangélica sencillez que es la compañera y la conservadora de la inocencia (1). Por tanto, si

(1) Mur. c. 7.

parecia que antes de su conversion no podian menos de vivir abandonados á la incontinencia y á la crueldad, era este un fruto contagioso de la educacion. Los hábitos viciosos se transmitian entonces de padres á hijos con el ejemplo, y cuando los tuvieron buenos, vióse resplandecer en ellos la mansedumbre y la caridad, el pudor y la reserva, en lugar de las pasiones desenfrenadas que se habia creido les eran naturales. Menos dignos de ódio que de lástima, movió en fin su desgracia las entrañas del Padre de las misericordias, el cual derramó sobre ellos sus bendiciones con tal abundancia, que si antes habian sido el oprobio de la humanidad, fueron despues la gloria del cristianismo.

En el año que se siguió á la conversion de los moxos, y en que quedó esta consolidada, murió á 22 de julio de 1676 el Papa Clemente X, de edad de ochenta y siete años; y á 21 de setiembre siguiente le sucedió el cardenal Odescalchi, tomando el nombre de Inocencio XI. Era dia de San Mateo, lo que, junto con que el Papa era hijo de un banquero, dió ocasion al pasquin en que se le representaba dando un salto desde la banca á la Cátedra de San Pedro. No obstante, tenia este Pontífice casi todas las cualidades propias para el pontificado, juicio, penetracion, pero poco estudio, y por consiguiente poca ciencia. Sobre todo era muy hombre de bien y severo para sí mismo. La santidad de su vida y sus milagros le absolverán de la acusacion que se le ha hecho de haber sido rígido bajo otros conceptos. En una palabra, fué de aquellos hombres honrados que no son capaces de ceder á ningun respeto cuando creen que en sus resoluciones se interesa la gloria de Dios.